

RESUMEN POLITICO.

En diez y ocho meses de viages, de vicisitudes y de momentos de reposo, el entendimiento trabaja, aun involuntariamente: sin ningun esfuerzo suyo, los innumerables hechos que tiene a la vista le ilustran. Los diferentes aspectos bajo los cuales se le presentan las cosas humanas, las agrupan y las iluminan; en historia, en filosofia, en religion, el hombre raciocina instintivamente sobre lo que ha sentido, sobre las consecuencias que ha sacado; se forman en él verdades instintivas, y cuando se consulta a sí propio, se halla, bajo ciertos conceptos, que no es el mismo hombre que antes. El mundo le ha hablado y él ha comprendido; si así no fuera, ¿de qué le servirían al viagero los afanes, los peligros, los largos sinsabores de las separaciones, la ausencia de los amigos y de la patria? Los viages serían una brillante ilusion, y no lo que son en realidad, la educacion del pensamiento por medio

de la naturaleza y de los hombres. Empero el hombre, viajando, no se separa de sí mismo; los pensamientos que agitaban a su siglo y a su patria, cuando salió del techo paterno, le siguen y le agitan durante el camino. Como la política es la obra del dia para la Europa, y sobre todo para Francia, yo he pensado mucho en Oriente sobre la política. En esto, como en historia, en filosofia y en religion, han resultado para mí apariencias mas exactas, mas grandiosas y mas verdaderas del escámen y de la eleccion de los hechos y de los sitios en el órden político; he hecho un resúmen en mi cabeza y voy a esponerle aquí. Esta es la única página de estos apuntes de un viagero que yo quisiera dar a leer a la Europa, porque contiene una verdad al uso del dia, una verdad que es preciso comprender miéntras es evidente y está madura, y puede fecundizar el porvenir. Si se comprende y practica, salvará a la Europa y al Asia, y multiplicará y mejorará la raza humana: formará una época en la laboriosa y progresiva existencia de la humanidad; si se desconoce y rechaza entre los sueños impracticables por algunas ligeras dificultades de ejecucion, las pasiones buenas y malas de Europa estallarán en ella, y el Asia seguirá siendo lo que es, una rama muerta y estéril de la humanidad.

Las ideas humanas han traído a la Europa a una de aquellas grandes crisis orgánicas, de las

solo ha conservado una ó dos la historia en sus anales; épocas en que una civilizacion gastada cede el paso a otra, en que lo pasado no se sostiene, en que el porvenir se presenta a las masas con todas las incertidumbres, con todas las oscuridades de lo desconocido; épocas terribles en que no son fecundas; enfermedades climatéricas del espíritu humano, que le matan para siglos ó le vivifican para una nueva y larga existencia. La revolucion francesa fué el toque de a rebato del mundo; muchas de sus frases se han cumplido, pero aun no está acabada; nada acaba en esos movimientos lentos, intestinos, eternos, de la vida moral del linage humano: hay tiempos de parada, pero aun durante esas paradas, los pensamientos maduran, las fuerzas se acumulan y se preparan a una nueva accion. En la marcha de las sociedades y de las ideas, el fin nunca es mas que un nuevo punto de partida. La revolucion francesa que algun dia se llamará la revolucion europea, porque las ideas toman su nivel como el agua, no es solamente una revolucion política, una trasformacion del poder, una dinastía en lugar de otra, una república en lugar de monarquía; todo esto no es mas que accidente, síntoma, instrumento, medio. La obra es a tal punto mas grave y alta que podria efectuarse bajo todas las formas de poder político, y que se podria ser monárquico ó republicano, adieto a una dinastía ó a otra, partidario de tal ó cual combi-

nacion constitucional, sin ser por eso menos sincera y profundamente republicano. Se puede preferir un instrumento a otro para remover el mundo; a esto se reduce todo; pero la idea de revolucion, es decir, de mudanza y de mejora, no deja por eso de iluminar el entendimiento y de calentar el corazon. ¿Quién es entre nosotros el hombre pensador, el hombre de corazon y de seso, el hombre de religion y de esperanza, que poniendo la mano en su conciencia é interrogándose delante de Dios en presencia de una sociedad que se cae de anomalía y decrepitud, no se responde: ¿yo soy revolucionario? El tiempo se lleva a los que le resisten, como a los que se le adelantan y le ayudan con sus votos; tan rápida é invencible es su corriente, que los que mas vigorosamente reman y creen subirla ó neutralizar el empuje de sus olas, se hallan insensiblemente arrastrados muy léjos del horizonte en que tenian los ojos y el corazon, y quedan pasmados un dia al medir el camino involuntario que han andado.

Hace cerca de medio siglo que esa revolucion, madura en las ideas, estalló en los hechos. Al principio no fué mas que un combate, luego fué una ruina: el polvo de esa refriega y de esa ruina lo oscureció todo por mucho tiempo; nadie supo por qué, ni en qué terreno, ni bajo qué bandera peleaba. Cada cual hacia fuego, como en las tinieblas, sobre sus amigos y sus hermanos; las reacciones si-

que solo ha conservado una ó dos la historia en sus anales; épocas en que una civilizacion gastada cede el paso a otra, en que lo pasado no se sostiene, en que el porvenir se presenta a las masas con todas las incertidumbres, con todas las oscuridades de lo desconocido; épocas terribles en que no son fecundas; enfermedades climatéricas del espíritu humano, que le matan para siglos ó le vivifican para una nueva y larga existencia. La revolucion francesa fué el toque de a rebato del mundo; muchas de sus frases se han cumplido, pero aun no está acabada; nada acaba en esos movimientos lentos, intestinos, eternos, de la vida moral del linage humano: hay tiempos de parada, pero aun durante esas paradas, los pensamientos maduran, las fuerzas se acumulan y se preparan a una nueva accion. En la marcha de las sociedades y de las ideas, el fin nunca es mas que un nuevo punto de partida. La revolucion francesa que algun dia se llamará la revolucion europea, porque las ideas toman su nivel como el agua, no es solamente una revolucion política, una trasformacion del poder, una dinastía en lugar de otra, una república en lugar de monarquía; todo esto no es mas que accidente, síntoma, instrumento, medio. La obra es a tal punto mas grave y alta que podria efectuarse bajo todas las formas de poder político, y que se podria ser monárquico ó republicano, adieto a una dinastía ó a otra, partidario de tal ó cual combi-

nacion constitucional, sin ser por eso menos sincera y profundamente republicano. Se puede preferir un instrumento a otro para remover el mundo; a esto se reduce todo; pero la idea de revolucion, es decir, de mudanza y de mejora, no deja por eso de iluminar el entendimiento y de calentar el corazon. ¿Quién es entre nosotros el hombre pensador, el hombre de corazon y de seso, el hombre de religion y de esperanza, que poniendo la mano en su conciencia é interrogándose delante de Dios en presencia de una sociedad que se cae de anomalía y decrepitud, no se responde: ¿yo soy revolucionario? El tiempo se lleva a los que le resisten, como a los que se le adelantan y le ayudan con sus votos; tan rápida é invencible es su corriente, que los que mas vigorosamente reman y creen subirla ó neutralizar el empuje de sus olas, se hallan insensiblemente arrastrados muy léjos del horizonte en que tenian los ojos y el corazon, y quedan pasmados un dia al medir el camino involuntario que han andado.

Hace cerca de medio siglo que esa revolucion, madura en las ideas, estalló en los hechos. Al principio no fué mas que un combate, luego fué una ruina: el polvo de esa refriega y de esa ruina lo oscureció todo por mucho tiempo; nadie supo por qué, ni en qué terreno, ni bajo qué bandera peleaba. Cada cual hacia fuego, como en las tinieblas, sobre sus amigos y sus hermanos; las reacciones si-

guieron á la accion; grandes escesos mancharon todos los colores; muchos se retiraron con honor de la causa que el crimen pretendia servir, y que perdia, como las pierde todas; se pasó de un esceso á otro; nada se comprendió de los tumultuosos movimientos, de las vicisitudes de la batalla, pues aquello, en efecto, era una batalla, es decir, confusion y desórden, triunfo y derrota, entusiasmo y abatimiento. Actualmente se empieza á comprender el plan providencial de aquella grande accion entre las ideas y los hombres; el polvo ha caido, el horizonte se despeja. Se ven las posiciones tomadas y perdidas, las ideas que han quedado en el campo de batalla, las que están heridas de muerte, las que viven todavía, las que triunfan ó triunfarán; se comprende lo pasado, se comprende el siglo, se entrevé una parte del porvenir;—magnífico y raro momento para la mente humana, que tiene la conciencia de sí misma y de la obra que está consumando;—casi es de día en el horizonte de su porvenir. Cuando se comprende en fin una revolucion, ya está acabada; el triunfo puede ser lento; pero no es dudoso. La idea nueva, si no ha conquistado su terreno, ha conquistado á lo menos su arma infalible. Esta arma es la imprenta;—la imprenta, esa revelacion cotidiana y universal de todos por medio de todos, es para el espíritu de innovacion y de mejora lo que fué la pólvora para los primeros que se sirvieron de ella; es la victoria

asegurada en una facultad poderosa. Para los filósofos políticos no se trata, pues, ya de pelear sino de moderar ó dirigir el arma invencible de la civilizacion nueva. Lo pasado está desmoronado, el terreno está libre, el espacio está vacío, la igualdad de derecho está admitida en principio, la libertad de discusion está consagrada en las formas gubernamentales; el poder ha vuelto á su origen; el interés y la razon de todos se reasumen en instituciones que tienen mas que temer de la debilidad que de la tiranía; la palabra hablada y escrita tiene derecho para apelar en todas partes y siempre á la inteligencia de todos; ese gran tribuniciado de la razon domina y dominará cada vez mas todos los demas poderes emanados de él; él agita y agitará todas las cuestiones sociales, religiosas, políticas, nacionales, con la fuerza que le irá prestando la opinion á medida que se vaya convenciendo, hasta que la razon humana, iluminada por el rayo que le place á Dios prestarle, haya entrado en posesion del mundo social todo entero y satisfecho de su obra lógica, diga como el Criador: "Lo que he hecho, bueno es," y descanse algunos dias, si es que hay descanso en el cielo y en la tierra.

Pero las cuestiones sociales son complexas. La solucion de las cuestiones de política interior necesitan la solucion en el mismo sentido en el exterior. Todo se liga en este mundo, y siempre un hecho

obra por reaccion sobre otro; veamos pues, relativamente al Oriente, cuáles deben ser lógicamente el plan y la acción de la política europea; digo europea, porque aunque el sistema constitucional, ó mejor dicho, racional, no prevalece todavía en las formas, mas que en Francia, en Inglaterra, en España y en Portugal, prevalece en todas partes en las ideas; donde quiera los pensadores son de su partido; los pueblos están poseidos de su espíritu; y la revolución, principiada ó consumada en las costumbres, lo estará muy pronto en los hechos; solo se necesita una ocasión, y la cuestión no es mas que de tiempo. La Europa tiene formas diversas; pero no tiene ya mas que un mismo espíritu, el espíritu de renovación y de gobierno de los hombres con arreglo á la razón. La Francia y la Inglaterra son los dos países de experiencia, encargados, en estas últimas épocas, de promulgar y de probar las ideas.

Gloriosa y fatal misión! La Francia, mas atrevida, ha tomado la delantera; muy adelante está ya hoy, con que así hablemos primero de ella.

La Francia tiene una gran gloria y grandes peligros delante de sí; guía á las naciones; pero tantea el camino, y puede hallar el abismo donde busca la senda social: por una parte, todos los odios de lo pasado que resisten en Europa están amotinados contra ella. En religión, en filosofía, en

política, todo lo que mira con horror á la razón, mira con horror á la Francia; todos los secretos votos de los hombres retrógrados ó asidos á lo pasado son por su ruina; la Francia es para ellos el símbolo de su decadencia, la prueba viva de su impotencia y de la mentira de sus profecías; si prospera, desmiente sus doctrinas; si sucumbe, las verifica; todas las tentaciones de mejora de las instituciones humanas sucumben con ella:--álzase un grande aplauso; el mundo queda en posesión de la tiranía y de la preocupación. Los hombres de preocupación y de tiranía desean, pues, vehementemente su subversión: á cada movimiento que hace, la anuncian; á cada ocasión, la esperan; pero la Francia es fuerte, mucho mas por el espíritu de vida que la anima que por el número de sus soldados.

Solo ella tiene fé y un instinto claro y generoso de la gran causa porque lidia; se le oponen belicosas máquinas y ella arroja mártires en la arena. Una convicción es mas fuerte que un ejército; la Francia, dividida, arruinada, tiranizada, ensangrentada en lo interior por verdugos, atacada en lo exterior por sus propios hijos y por las armas de la Europa entera, demostró al mundo que no perecería por los peligros de fuera: los de dentro son mas graves, y estos resultan de su situación nueva; una transición es siempre una crisis, y las consecuencias previstas ó imprevistas de un principio orgánico nuevo ocasionan inevitablemente fenóme-

nos inesperados en la vida social de un gran pueblo. Las consecuencias inmediatas de la revolución de Francia y las consecuencias accidentales de la crisis por que acaba de pasar son numerosas:—no hablaré mas que de las principales.

La igualdad de derecho ha producido la igualdad de pretensiones y de ambiciones en todas las clases; la aspiracion al poder, la competencia indefinida a todos los empleos, la obstruccion de todas las carreras, la rivalidad, las envidias entre tantos hombres apiñándose a la vez en las mismas salidas; un perpetuo choque de las capacidades, de las codicias, de los amores propios, a la puerta de todos los servicios públicos; la inestabilidad, por consiguiente, en todos los cargos públicos, y una multitud de fuerzas rechazadas y enconadas refluyendo sobre la sociedad y siempre prontas a vengarse de ella.

La libertad de discusion y de ecsámen, constituida en la prensa libre, ha producido un espíritu de controversia y disputa sin buena fé, una oposicion de oficio y de actitud, un cinismo de palabras y de lógica que asusta é indigna á la verdad y á la moderacion, que estravia y alborota a la ignorancia, que considera a la primera necesidad de los pueblos, el poder, cualquiera que sea, que aterra a los hombres honrados, pero tímidos, y da armas a todas las malas pasiones del tiempo y del pais.

La instruccion difundida entre las masas,—esa primera necesidad de las poblaciones, que por tanto tiempo han estado privadas de ella, les produce en el primer instante, una especie de deslumbramiento de ideas no comprendidas todavia, un vértigo del entendimiento que recibe demasiada luz a la vez; están como el hombre a quien se saca de las tinieblas, en las que ha gemido mucho tiempo, y a quien no se hace ir familiarizándose con la luz por grados, como el hombre hambriento a quien se le da demasiado alimento de una vez; el uno se siente deslumbrado y queda ciego por un momento, el otro perece a veces por el alimento mismo que debe volverle a la vida; pero no se infiere de aquí que el pan y la luz sean cosas funestas; lo malo es la transicion. Lo mismo sucede con la instruccion de las masas; produce, en el primer momento, una superabundancia de capacidades que piden un empleo social; una falta de nivel entre las facultades y las ocupaciones, que puede y debe por algun tiempo, causar una grave perturbacion en la armonía política, hasta que el nivel, elevado por todos, se restablezca para cada uno, y que esas capacidades multiplicadas se creen a sí mismas sus propios medios de accion.

El movimiento industrial,—arranca a las poblaciones, á las costumbres y a los hábitos de familia, á los pacíficos y moralizadores trabajos de la tierra; sobreescita el trabajo por medio del lucro, que

eleva de repente, y que luego deja caer de pronto; acostumbra al lujo y a los vicios de las ciudades a hombres que ya no pueden volver a la sencillez y a la medianía de la vida rural; de aquí esas masas, hoy insuficientes, mañana sin empleo, y que la miseria hace ser presa de la sedicion y el desórden.

Los proletarios, clase numerosa, inapercibida en los gobiernos teocráticos, despóticos y aristocráticos, donde viven al abrigo de uno de los poderes que poseen el suelo, y tienen sus garantías de existencia; a lo menos en su patrocinio; clase que, en el día, entregada a sí misma por la supresion de sus patronos, y por el individualismo, se halla en una condicion peor que nunca, pues ha reconquistado derechos estériles, sin poseer lo necesario, y agitará la sociedad hasta que el *socialismo* haya sucedido al odioso individualismo.

De la situacion de los proletarios ha nacido la cuestion de propiedad que se ventila hoy en todas partes, cuestion que se resolverá por la fuerza material si no la resuelven pronto la razon, la política y la *caridad social*. La caridad es el *socialismo*;—el egoismo es el individualismo. La caridad, como la política, manda al hombre que no abandone al hombre a sí mismo, sino que acuda en su auxilio, que forme una especie de seguro mutuo bajo condiciones equitativas entre la sociedad poseyente; ella dice al propietario:—tú conservarás tu propiedad, porque a pesar del hermoso sueño de la

comunidad de bienes, intentado en vano por el cristianismo y por la filantropía, la propiedad parece hasta ahora la condicion *sine qua non* de toda sociedad; sin ella, ni familia, ni trabajo, ni civilizacion. Pero ella le dice tambien: No olvidarás que tu propiedad no ha sido solamente instituida para tí, sino para la humanidad toda entera, no la posees sino bajo condiciones de justicia, de utilidad, de reparticion, de accesion para todos: es preciso, pues, que des a tus hermanos; de lo supérfluo de tu propiedad, los medios y los elementos de trabajo que les son necesarios para poseer su parte a su vez: es menester que reconozcas un derecho superior al de propiedad, el derecho de humanidad!—Tales son los preceptos de la justicia y de la política, que son una misma cosa.

De todos estos hechos del órden nuevo, una necesidad incontestable resulta para la Francia y para la Europa,—la necesidad de expansion;—es preciso de absoluta necesidad, que la expansion al exterior esté en relacion con la inmensa expansion al interior producida por la revolucion que se efectúa en las cosas.

Sin esa expansion al exterior, ¿cómo hacer frente á los peligros que acabo de señalar? ¿Cómo consagrar la igualdad del derecho y negarla en los hechos? ¿cómo admitir el ecsámen, y resistir á la razon y á su órgano, la imprenta? ¿cómo difundir la

instruccion, y rechazar las capacidades que ella multiplica? ¿cómo activar la industria y proveer á las aglomeraciones de poblaciones y á las súbitas suspensiones de trabajo y de salario que acarrea? ¿Cómo, en fin, contener á esas masas de proletarios que aumentan sin cesar, armadas, indisciplinadas, que tienen que luchar entre la miseria y el saqueo? ¿cómo salvar á la propiedad de las agresiones de doctrinas y de hechos que cada dia la embisten con mas brio? Y si esa piedra angular de toda sociedad llegase á faltar ¿cómo salvar á la sociedad? ¿Y qué refugio habria contra una segunda barbarie?

Estos peligros son tales, que si la prevision de los gobiernos de Europa no halla preservativos para ellos, la ruina del mundo social conocido es inevitable en un tiempo dado.

Ahora bien, por efecto de una admirable prevision de la Providencia, que nunca crea necesidades nuevas sin crear al mismo tiempo medios de satisfacerlas, sucede que en el momento mismo en que la gran crisis civilizadora se verifica en Europa, y en que las nuevas necesidades que de ella resultan se revelan á los gobiernos y á los pueblos, una crisis de un orden inverso se verifica en Oriente y en Asia, y que un gran vacío se ofrece allí á la superabundancia de las poblaciones y de las facultades europeas. El exceso de mi vida que va á rebosar entre nosotros, puede y debe

fluir sobre aquella parte del mundo; el exceso de fuerza que nos trabaja, puede y debe emplearse en aquellas regiones donde la fuerza está agotada y dormida, donde las poblaciones vegetan y se consumen miserablemente, donde la vitalidad del linaje humano espira. El imperio turco se desmorona, y va á dejar, de un dia á otro, un vacío en la anarquía, á la barbarie desorganizada; territorios sin pueblos, y poblaciones sin guías y sin señores, y esa ruina del imperio otomano, no hay que provocarla; es inútil empujar con el dedo al coloso: ella se efectúa por sí misma providencialmente, por su propia accion, por la necesidad de su naturaleza; se consume como las cosas fatales, sin que se pueda acusar de ello á nadie, sin que puedan evitarla ni los turcos, ni la Europa. La poblacion, flaca y estenuada, espira por su propia impotencia de vivir, ó mas bien ya no existe. La raza musulmana está reducida á nada en las sesenta mil léguas cuadradas de que se compone su inmenso y feraz territorio; salvo en una ó dos capitales, casi no hay turcos. Recorramos con la vista esas ricas y admirables playas, y busquemos el imperio otomano; en ninguna parte le hallaremos: la estúpida administracion, ó mas bien la letal inercia de la raza conquistadora de los hijos de Osman ha hecho un desierto de cada espacio de tierra ó ha dejado por do quiera multiplicarse y crecer las ar-

zas conquistadas, al paso que ella disminuía y se apagaba por dias.

El Africa y su litoral no se acuerdan ya siquiera de su origen y de la dominacion turca. Las regencias berberiscas son independientes de hecho, y ni aun tienen con la Turquía aquella fraternidad, aquella simpatía de la religion y de las costumbres, que constituye todavía una sombra de nacionalidad. El golpe dado en Navarino no tiene ni un eco en Tunez; el golpe dado á Argel no resuena en Constantinopla; la rama está separada del tronco; el litoral de Africa no es ni turco ni árabe, sino una colonia de bandoleros puestos sobre la tierra y que nunca echan raíces en ella; no tiene ni título ni derecho, ni familia entre las naciones; no pertenecen mas que al cañon; son como un navío sin pabellon sobre el cual todo el mundo puede hacer fuego: la Turquía no está allí.

El Egipto, poblado de árabes, dominado sucesivamente por todos los señores de la Siria, acaba de separarse de hecho del imperio. Mehemet-Alí intenta la resurreccion del imperio de los califas; pero el fanatismo de un dogma nuevo, que brillaba en derredor del alfange de aquellos, no brilla ya al rededor del suyo. La Arabia dividida en tribus, sin cohesion, sin uniformidad de costumbres y leyes; la Arabia, acostumbrada hace siglos al yugo de todos los bajás, dista mucho de ver un liber-

tador en Mehemet Alí; ni aun vé en él un civilizador que la sacará de la barbarie y de la impotencia, y sí solo un esclavo afortunado y rebelde, que quiere ensanchar el lote que le ha dado la fortuna, enriquecerse él solo con los productos del Egipto y de la Siria y morir sin amo. Muerto él, sabe que volverá á caer bajo un yugo cualquiera, poco le importa.

Bagdad, en los confines del desierto de Siria, no contiene mas que una poblacion compuesta de judíos, de cristianos, de persas y árabes; algunos millares de turcos mandados por un bajá á quien se espulsa ó que se rebela de tres en tres ó de cuatro en cuatro años, no bastan para constituir la nacionalidad turca en aquella ciudad de doscientas mil almas. Bagdad es por su naturaleza una ciudad libre, un mercado perteneciente á toda el Asia, para el depósito de su comercio interior; es una Palmira del desierto. Entre Bagdad y Damasco se estienden los vastos desiertos de la Siria y de la Mesopotamia, cruzados por el Eufrates, donde no hay reinos, ciudades ni dominios,—donde no hay mas que tiendas, que las tribus desconocidas é independientes trasladan de uno á otro confin de aquellas llanuras; tribus que no tienen mas nacionalidad que sus caprichos, que no reconocen ni patria, ni señor; hijos del desierto, que tienen por enemigos á todos los que quieren someterlos, ayer

á los turcos, hoy á los egipcios.... Esos no son turcos.

Damasco, grande y magnífica ciudad, ciudad santa, ciudad donde el fanatismo musulman prevalece todavía, tiene una poblacion de ciento á ciento cincuenta mil almas; en este número hay treinta mil cristianos, siete ú ocho mil judíos y mas de cien mil árabes. Un puñado de turcos reina todavía por el espíritu de conquista y de coreligion sobre el pais; pero Damasco, ciudad díscola é independiente, se rebela á cada instante, asesina á su bajá y espulsa á los turcos. Lo propio sucede en Alepo, ciudad infinitamente menos importante, de donde se retira el comercio, y que espira bajo las ruinas de sus terremotos. Las ciudades de la Siria propiamente tal desde Gaza hasta Alejandreta, contando las dos ciudades de Homs y de Hama, están igualmente pobladas de árabes, de griegos siriacos, de judíos, y de armenios; la totalidad de los turcos de este hermoso y vasto territorio no asciende arriba de veinte á cuarenta mil. Los maronitas, nacion sana, vigorosa, despejada, guerrera y mercantil, ocupan el Líbano y desdeñan ó desafian á los turcos. Los drusos y los metualis, tribus independientes y valerosas, forman, con los maronitas, bajo el gobierno federal del emir Beschir, la poblacion dominante en realidad de la Siria y aun de Damasco el dia en que todo esté desmembrado y abandonado á la

naturaleza: allí hay el gérmen de un gran pueblo nuevo y civilizable; la Europa no tiene que hacer mas que incubarle con los ojos y decirle:—¡Levántate!

Luego vienen el Monte Tauro, y esa inmensa Caramania (Asia Menor) cuyas provincias eran siete reinos, cuyas playas eran ciudades independientes ó florecientes, colonias griegas y romanas. Yo he recorrido todas sus costas; yo he entrado en todos sus golfos, desde Tarson hasta Tcheshmé; y solo he visto playas fértiles; pero desiertas y algunas miserables aldeas habitadas por griegos; el interior encierra la indomable tribu de los turcomanos, que pastorean sus rebaños en los montes y se acampan el invierno en las llanuras. Aduana, Konia, Kutaya, Angora, sus principales ciudades, están pobladas cada cual de algunos millares de turcos: solo Esmirna es un vasto centro de poblaciones, pues tiene sobre cien mil almas; pero mas de la mitad se compone de cristianos, de griegos, de armenios y de judíos. Si subimos las riberas del Asia Menor, hallamos las hermosas islas griegas de Chio, Rodas y Chipre. Chipre es ella sola un reino; tiene ochenta leguas de longitud sobre veinte de anchura; ha sustentado y sustentaria muchos millones de habitantes; tiene el cielo de Asia y el suelo de los trópicos; está poblada por sobre treinta mil griegos, y sesenta turcos, encerrados en una fortaleza ruinosa, representan en ella la nacio-

lidad otomana; lo mismo sucede en Rodas, en Stanchio, en Samos, en Chío, en Mitilene. Hasta aquí ¿dónde están los turcos?

Esta es sin embargo la mas hermosa mitad del imperio.

La orilla del mar de Mármara y el canal de los Dardanelos están poblados igualmente de algunas ciudades pequeñas, medio turcas, medio griegas, poblacion rara y pobre, diseminada á grandes distancias, por costas sin profundidad. No se puede evaluar la poblacion turca de estas partes en mas de cien mil almas, contando á Brusa.

Constantinopla, como todas las capitales de un pueblo en decadencia, es la única que ofrece una apariencia de poblacion y de vida; a medida que la vida de los imperios se aleja de las estremidades, se concentra en el corazon: tambien hubo tiempo en que todo el imperio griego estuvo en Constantinopla, y en que tomada la ciudad, ya no hubo imperio. No se sabe de cierto cuál es la poblacion de Constantinopla, y los cálculos varian desde trescientas mil almas a un millon, pues como falta la estadística, cada cual juzga sobre datos particulares. Los míos no son mas que la ojeada echada sobre el inmenso desarrollo de la ciudad, comprendida Scutari, sobre las riberas del Cuerno de Oro, del mar de Mármara, y de las costas de Asia y Europa: todo esto lo comprendo bajo el nombre

de Constantinopla, porque no hay interrupcion de casas. Las denominaciones de cuarteles, de ciudades y de aldeas son arbitrarias, y en realidad todo ese espacio forma un solo cuerpo de ciudad, un solo centro de poblacion; la serie de casas, kioskos, palacios ó aldeas, sobre una anchura a veces considerable, a veces de una ó dos casas solamente, es de sobre catorce leguas. Creo que el conjunto de esta poblacion puede calcularse en seis ó setecientas mil almas. Una tercera parte solamente es turca; lo restante se compone de armenios, judíos, cristianos, francos, griegos y búlgaros. — La poblacion turca de Constantinopla asciende, pues, segun mi cálculo, á unas dos ó trescientas mil almas. No he visitado las orillas del Ponto-Euxino, pero si hemos de dar crédito al escelente y concienzudo viage de M. Fontanier, publicado en 1834, las poblaciones indígenas predominan, y la poblacion turca está allí en decadencia, como en las partes del imperio que he recorrido.

En la Turquía de Europa, la única gran ciudad es Andrinópolis, y puede tener de treinta á cuarenta mil turcos; Filipópolis, Sofia, Nisa, Belgrado y las pequeñas ciudades intermedias, otro tanto. Añado doscientos mil turcos por la parte de la Turquía que no he visitado, y tendremos un total de trescientos mil. En la Servia y la Bulgaria apenas hay un turco por aldea, y supongo que lo mismo sucede en las demas provincias de la Tur-

quía de Europa. Tomando en cuenta los errores que he podido cometer y atribuyendo al interior del Asia Menor una poblacion turca muy superior à la que manifiestan el testimonio de los ojos y las relaciones de los viajeros, no creo que en realidad el total de aquella ascienda en el dia á mas de dos ó tres millones de almas, y aun dudo mucho que llegue à este número. He aquí, pues, la raza conquistadora, venida de las orillas del mar Caspio y derretida al sol del Mediterráneo; he aquí la Turquía poseida por un tan corto número de hombres, ó mas bien perdida ya por ellos, porque mientras que el dogma de la fatalidad, la inercia, que es su consecuencia, la inmovilidad de instituciones y la barbarie de administracion, reducen casi a nada à los vencedores y a los señores del Asia, las razas esclavonas, las razas cristianas del Norte y del Mediodia del imperio, las razas armenias, griegas, maronitas y la raza árabe conquistada, crecen y se multiplican por efecto de sus costumbres, de sus religiones y de su actividad. El número de los esclavos supera inmensamente al de los opresores: los griegos de la Morea, flaca y miserable poblacion, han echado ellos solos, en un momento de energía, à los turcos del Peloponeso; la Moldavia y la Valaquia han sacudido el yugo; las islas estarían todas emancipadas, a no ser por el tratado europeo que garantiza todavía su posesion al sultan; la Arabia toda entera está disecada en familias de

hombres, desconocidas unas de otras, aliadas sucesivamente con los turcos y con los egipcios, y trabajada, en su parte mas enérgica, por el gran cisma de los wahabi. Los rusos y los persas han arancado al dominio musulman dos terceras partes de los armenios; los georgianos son rusos; los maronitas y los drusos serán dueños de la Siria y de Damasco el dia en que lo intenten seriamente; los búlgaros son una numerosa y sana poblacion, tributaria todavía, pero que ella sola, mas numerosa y mas organizable que los turcos, se emancipará cuando quiera: los servios se han emancipado ya, y sus magníficas selvas empiezan a estar surcadas de caminos reales y a cubrirse de ciudades y aldeas; el príncipe Milosch, su gefe, no admite a algunos turcos en Belgrado mas que como a aliados, y no como a señores. El espíritu de conquista, alma de los osmanlis, se ha estinguido; el espíritu de proselitismo armado se ha desvanecido en ellos hace mucho tiempo; su fuerza de impulsión no ecsiste en parte alguna; su fuerza de conservacion, que residiria en una administracion uniforme, ilustrada y progresista, no reside mas que en la cabeza de Mahmud; el fanatismo popular ha muerto con los genízaros, y si los genízaros renacen, la barbarie renacerà con ellos; se necesitaria un milagro de genio para resucitar el imperio, y Mahmud no es mas que un hombre de corazon; el genio le falta; asiste en vida a su ruina, y halla obstáculos